

CON la madre no existía ningún problema especial. Tenía un varón y estaba muy bien así. Pero el padre era otra cosa...

G., sin embargo, no es un egoísta imbécil; joven, profesor de Historia, abierto a las ideas nuevas, decidido a criar a su hijo lo más inteligentemente posible. En resumen, un intelectual de buena calidad, tipo medio. Pero, a pesar suyo, adoptaba el esquema clásico del papá-Pigmalión. Buen ejemplo y ternura pedagógica bastarían: el chico sería forzosamente más grande, más guapo, más inteligente que su padre. Leería a Stendhal a los doce años, tendría una gran agilidad mental, y así todo.

G. se preparaba con toda su buena fe, con las mejores intenciones del mundo a vivir por segunda vez su vida, a través de su hijo. Como sus antepasados antes que él, desde el comienzo de los tiempos.

Pero muy pronto el esquema comenzó a fallar. El padre, «a su edad», soñaba con convertirse en capitán del «Normandía». El hijo debería, lógicamente, imaginar un futuro de patrullero espacial... y bien, no. Es la época del rechazo. Rechazo a pesar de las indudables posibilidades para brillar en sociedad por su precoz inteligencia. Negativa a hacer braza en la piscina para superar la marca del padre.

Tras un buen comienzo escolar, el joven G. comenzó a sabotear su futuro programado de universitario. Dramas, expulsiones, calvario conocido por los padres de los malos alumnos convocados a los establecimientos. Calvario en el que la madre soporta el mayor peso. En quinto curso, el hijo de G. manda a paseo todo tipo de enseñanza y en casa la cosa va mal. G., padre, superado por la situación, combina arranques de autoridad —«Es así y nada más»— con los más lamentables abandonos.

A fuerza de jugar al ping-pong con su culpabilidad, la pareja tiene problemas. «Tendríamos que haberlo metido en cintura desde el principio». G., que tiene otros problemas, está por estallar. Su esposa se hace analizar. El niño es muy desgraciado y amenaza con echarse a perder. Luego, la situación mejora un poco.

Un mal alumno como los demás

Otro, «mejor» que G., hace diez años, habría pensado en una



El hijo ya no se opone al padre; sencillamente lo ignora. Así ha superado el viejo conflicto generacional.

EL CREPUSCULO DE LOS PADRES

pesadilla. Pero desde entonces el padre ha tomado lecciones, no forzosamente positivas, pero sí reales. Una saludable eliminación de ilusiones. G. se ha dado cuenta finalmente que, a pesar del sólido afecto y hasta de la complicidad que lo unen a su hijo, el padre ya no es una autoridad, ni un ejemplo, ni un modelo. Discute al mundo, por supuesto, pero

está dentro de él. El chico está en otra parte, y eso origina un lamentable diálogo de sordos, cuando hay diálogo...

Desde ahora los padres pueden, por si acaso, decir «no apruebo tu conducta», pero ya no tienen derecho a resolver ni a decir: «Tu conducta es mala». Se terminaron los dictámenes. Ya no se obliga a los adolescentes a

terminar su plato de espinacas «porque sí», ni a lavarse, ni a acostarse temprano, ni a aprobar el Bachillerato. Eso se terminó, salvo algunas excepciones. Obligado, forzado, G. ha escuchado las teorías de su hijo, ideológicamente bastante débiles: «¡No quiero integrarme en la sociedad!». En realidad, el muchacho está totalmente fuera de ella y

Ha llegado una nueva época: los hijos han superado el viejo conflicto de las generaciones. Ya no se oponen a los padres: los ignoran. Es el fin del papá-modelo.

hace todo lo posible para vivir a pesar de ello.

Cuando G. tenía la edad de su hijo, él también estaba «contra» su padre. Pero no para negarlo, sino para ocupar su lugar, para ser a su vez más inteligente que ese temible señor de radiante imagen y destronarlo, según el viejo sistema edípico. Un sencillo conflicto de generaciones unidas entre sí como vagones de un tren bamboleante. Ya no hay conflicto, es una crisis de generaciones, como lo demuestra el doctor Gérard Mendel.

La historia de G., menos brutal que muchas otras, no tiene nada de original. Con mayor o menor número de puntos en común, es universal, y particularmente frecuente en la burguesía liberal de las naciones desarrolladas; este medio social registra el fenómeno con cierta honestidad, y acepta a la fuerza tomarlo en cuenta. Es cosa de entrenarse en la introspección. Pero la alta burguesía también se ve afectada a pesar de sus principios autoritarios, que pueden crear una vaga ilusión. Lo mismo que la clase obrera, a pesar de la rigidez, relativa, de su moral familiar, que los campesinos, a pesar de su tradicionalismo provisoriamente preservado por la sólida presencia de la tierra. Por supuesto que hay chicos «buenos». Pero, salvo algunos casos en que la Historia funcionó más lentamente, la crisis de generaciones se manifiesta en todas partes donde se ha impuesto la técnica. Los soviéticos se las arreglan más o menos. Los chinos desvían la corriente hacia la Revolución Cultural, para canalizar la «contestación» a los padres. Entre los etnológicos Bororos no existe ningún problema con la imagen paterna, pero, en todas partes, basta con que los Bororos o sus equivalentes vayan a trabajar a la ciudad para que se perfila el conflicto padre-hijo.

La crisis supera los regímenes, las ideologías, los líderes; se aferra a los detonadores en apariencia más contradictorios. Ese rechazo sin precedentes de las prohibiciones sociales inculcadas por los padres es un vértigo general, un acontecimiento decisivo. Bajo una apariencia trivial de drama doméstico sin importancia, la ruptura entre padres e hijos destruye toda continuidad, corta el hilo entre el pasado y el futuro. El peligro de lo desconocido. «Si la sociedad no se educa —dice el psicoanalista

alemán Mitscherlich (1)— vamos hacia una época de espanto».

¿Cómo hicieron los padres, entre el tranquilo reinado de todos los Bororos de hace dos mil años y los problemas modernos de G., para convertirse en conchas vacías? Un poco de historia sobre las familias puede dar-

Los abuelos, en el banquillo

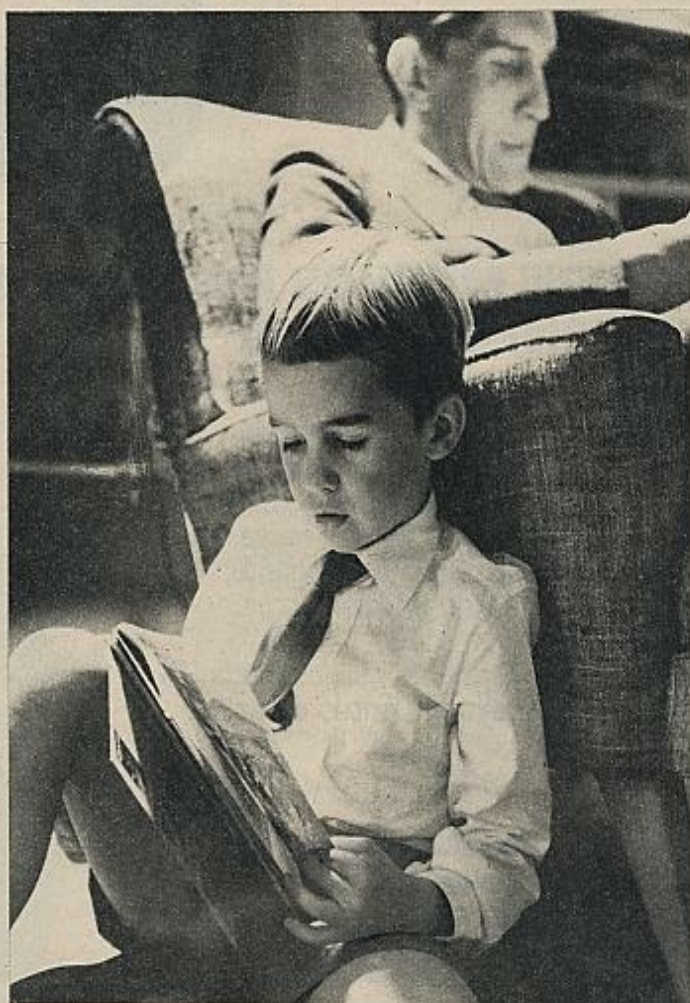
Los antepasados de G. durante mucho tiempo vivieron en sociedades rígidas, donde se trataba, ante todo, de no cambiar nada de nada. Los hijos eran a imagen de sus padres, que a su vez eran a imagen de sus abuelos,

Jean Francis Held

nos una idea. Todos los que comentan la crisis, moderados o izquierdistas, han tratado de remontar la trayectoria de la paternidad. A través de sus divergencias se perfila un cierto itinerario que trata de restarle culpas a los padres —¡los pobres!—

(1) «Vers une société sans pères», Gallimard.

y éstos, a imagen de los jefes, que eran imagen de Dios. Para fabricar un arco, pescar un lucio, provocar la lluvia, iniciar a los adolescentes, venerar a los grandes antepasados, se hacía como de costumbre y como papá, con un cierto éxito. El abuelo, con su nieto en brazos, no imaginaba para él otra vida que la suya: otra era inconcebible. El poder



Bajo una apariencia trivial de drama doméstico sin importancia, la ruptura entre padres e hijos destruye toda continuidad, corta el hilo entre el pasado y el futuro.

de los mayores, basado en la experiencia, era justificado. Por supuesto que de tanto en tanto se producía algún roce en esa tribu ejemplar. Un hijo se adaptaba mal o cogía una buena neurosis, se exiliaba o se suicidaba. Pero en general no se producían casos de rebeldía.

Mucho después, y abreviamos, el mundo se torna más poblado, más pequeño, y comienza a agitarse. Aparecen y circulan técnicas nuevas. La agilidad frenética de la moneda anuncia las fábricas, la burguesía, las ciudades gigantescas...

Con la Revolución, las ideas de los individuos sobre el liberalismo, el libre arbitrio, la ruptura, adquieren derecho de ciudadanía. Entonces comienza una extraña aventura. Dios Padre, que reinaba sin obstáculos por la fuerza rutinaria de las cosas, debe imponerse obligando con mayor razón porque se le discute. Las cosas ya no son tan fáciles, hay que insistir. El capitalismo industrial que se desarrolla busca individuos responsables para que funcionen bien las fábricas, pero también los quiere juiciosos. De ahí la permanencia de un Dios y de un padre sólidos para frenar los impulsos susceptibles de distraer a los trabajadores y de incitarlos a reivindicar vaya uno a saber qué cosas.

Apenas la libertad suficiente para avanzar. Pero para adaptarse al cambio, los sabios padres se ven obligados a criticar a los abuelos, superados por las exigencias de la técnica. Más flexible, la sociedad industrial emprende su loca aventura. Entre 1860 y nuestros días ha cambiado más que desde Cromagnon. La innovación reemplaza a la repetición. El viejo abuelo ha sido devuelto a su cocotero, y la familia «nuclear» —padre, madre, hijos— se convierte en molécula del cuerpo social moderno, muy pronto lo suficientemente maduro como para estallar.

¿Beneficios u orden?

¿Culpa del capitalismo? Más o menos. Sistema revolucionario en su época, tuvo que atacar al Dios de la permanencia y al mismo tiempo a los «papás», que se adaptaban mejor a una sociedad menos fluida. Pero ese capitalismo no lo sacudió todo ex profeso. Bigotudo, majestuoso, hosco, asiduo a misa, indiscutible tirano doméstico, el amo de las fraguas del siglo XIX no se daba cuenta de que iniciaba el crepúsculo de los dioses. ¿Qué cara pondría al ver en lo que se ha convertido su bisnieto y los ▶

las garras de su coche



D. PUBBLICIDAD PIRELLI

NEUMATICOS P3

UN FUTURO CON MUCHOS KILOMETROS SEGUROS Y CONFORTABLES

El neumático P3 es el nuevo radial metálico de la serie cinturato que, en pruebas comparativas, ha merecido la máxima calificación en agarre sobre seco y sobre mojado, tanto en curva como en recta, y un primer puesto, también, por su resistencia al desgaste, lo que representa una larga vida en kilómetros.

Como último control de garantía de calidad, cada P3 es examinado a través de rayos X, antes de salir de fábrica.



PIRELLI

bisnietos de sus respetuosos obreros!

A fuerza de hacer de ellos policías, inspectores de la productividad, una «prótesis contra los instintos», como dice Mendel (2), los industriales y sus moralistas minaron al Dios Padre, que ya había dejado de funcionar por sí solo. Pusieron el gusano en el fruto. Todo estaba dispuesto para que el hijo de G. se rebelara radical y definitivamente. Cuando se deja plantada a la autoridad por la fuerza, cuando no se la vive internamente, ¿quién va a permitirse decidir «esto está bien, esto está mal» y con qué derecho? Evidentemente, los padres no. Aparentan, pero en realidad ya no tienen fuerza para ello.

Desde hace unos veinte años, quizá un poco menos, la máquina industrial acelera a un ritmo demencial, lo anexa todo. La lógica de mercado ha penetrado en todos los niveles de la vida cotidiana. Hay que rentabilizar al máximo, lograr plusvalías para invertir, para resistir a la competencia. «Por primera vez —dice Mendel—, las reglas de acero del beneficio están antes que la protección del orden social. Demografía, grandes ciudades, medio ambiente destrozado, trabajo parcelario, migraciones cotidianas... la vida de la gente ha cambiado muy pronto radicalmente. A veces, para bien; otras, para mal, pero ésa no es la cuestión. Convertido en engranaje de la técnica, el hombre está lo más lejos posible de su abuelo, el viejo profesor de tiro al arco. Ya no domina al mundo, y además, la colectividad, hipertrofiada, le discute las últimas justificaciones de su reinado.

Aproximadamente hasta la guerra, «papá» era materialmente responsable de su microfamilia. Sólo podía protegerla, economizar, casar a sus hijas, ahorrar para su jubilación, solventar enfermedades y, finalmente, dejar tras él una herencia. Era económicamente el amo después de Dios. En gran parte, y sobre todo para que trabaje sin preocupaciones ni quejas, la sociedad lo ha reemplazado. Escuela, médicos, seguros, sindicatos, créditos, seguridad social, cajas diversas, todo un arsenal de instituciones muy útiles limitan la utilidad del ex padre-orquesta. La familia es más un crisol de relaciones afectivas que una célula de intereses económicos, forzosamente cada vez más frágil, dado que el padre está cada vez menos presente y es menos «percibido» material y simbólicamente.

Es un tema constante en los



La familia es más un crisol de relaciones afectivas, que una célula de intereses económicos, forzosamente cada vez más frágil, dado que el padre está cada vez menos presente y es menos «percibido» material y simbólicamente.

EL CREPUSCULO DE LOS PADRES

relatos que hacen al psiquiatra los adolescentes desorientados. «Mi padre está en una fábrica, o en una oficina». Lo que hace allí, por qué lo hace, misterio. Una vez más estamos lejos del tiro al arco. El hijo no puede identificarse con ese padre «anónimo», como dice Mitscherlich, que ya no sirve de intérprete entre la infancia y el trabajo adulto. Ese padre vulnerable que envejece demasiado pronto, al que las readaptaciones profesionales no protegen de los «lobos» jóvenes, mejor adaptados, y al que los patronos consideran como un fósil después de los cuarenta años —¡el tiempo pasa tan pronto!—, como un desgraciado, un angustiado.

Los inmigrantes del tiempo

Desacreditado como Gran Iniciador, Dios Padre, decididamente, ya no es un agradable barbuco sentado en su nube; en el mejor de los casos es un Direc-

tor General de una sociedad multinacional. En vez de hacer llover, se entrega a extrañas actividades, inaccesibles e incomprensibles. En la jerarquía inferior, el padre de carne y hueso, el de los inmuebles, los coches, las vacaciones «standard», el «surmenage» y la desilusión, ya no es un modelo. Por más que se obstine, dé portazos, se deje crecer el pelo y diga «tacos» como su hijo, o se apoye en tradiciones huecas, lo sabe. Falso tirano o nada, ésa es su opción. La duda va de padre a hijo, y crece en cada ir y venir.

De intensidad variable según el caso, el fenómeno del padre «destruido» puede, en principio, afectar a cualquier familia. Aun a aquellas en que el «jefe» parece mejor preparado para defender su imagen. G., por ejemplo, no es tan anónimo; su profesión es perceptible, como la del artesano, el campesino, el médico o el periodista. Pero los hijos se ponen de acuerdo, participan en la misma corriente. Los «mass media» exaltan sin cesar el cambio, la

novedad. La música y los pelos largos son la contraseña de la gran cofradía de jóvenes, de la otra tribu, que reacciona como un solo hombre, arrinconado entre su pasado anacrónico y su futuro vacío.

Para Margaret Mead (3), los jóvenes, que ya no tienen en cuenta a sus padres para dominar el futuro, son inmigrantes del tiempo proyectados de pronto en una nueva época. Están más desnudos y más desvalidos que un pastor calabrés o un judío de Besarabia abandonado en Chicago. No hay guía posible entre los mayores: «Nunca fueron jóvenes en un mundo semejante, su experiencia no sirve de nada. ¡Ni supieron sobrevivir en su propio mundo!». El futuro de esos inmigrantes no se considera automáticamente podrido, pero tampoco luminoso. No existe esquema para lo desconocido, y si muy pocas esperanzas.

Eso es lo que aturulla a G. y a otros muchos padres. Nuestros desconocidos que comparten nuestros hogares no se limitan a negar nuestras ideologías estereotipadas. Frecuentemente se abstienen de elaborar otras, no se proyectan en absoluto hacia el futuro para estructurar su personalidad en torno a ventajosas utopías, como lo hicimos nosotros en nuestra época. Por supuesto, son los «politizados» los que se ven y se escuchan. Pero los más duramente afectados por la muerte de los padres permanecen más bien amorfos e inactivos. Viven mal su orfandad, se limitan a desear poco, a leer poco, a interesarse poco. Estudian esto o aquello, aprendices de algo; ¿por qué?, ¿para qué más si todo va a fallar?...

Consultados a menudo por dificultades escolares, familiares, sexuales o sociales, los especialistas se esfuerzan por combinar los trozos. Pero en medio del rechazo general, la estructura que así se logra no es sólida. La crisis repercute a lo lejos, en las profundidades del inconsciente, y continúa su temible limpieza por medio del vacío.

La conmoción de los papeles respectivos del padre y la madre, con los problemas de «destete» inherentes, compromete forzosamente el curso clásico de Edipo. Papá ya no es papá, mamá ya no es mamá, la libido se desorienta. Gérard Mendel, que desde su «giro marxista» subordina claramente las peripecias afectivas del niño a las condiciones

(2) «La crise de générations», Pa-yot.

(3) «Le fossé des générations», De-nöel.

**LA INFORMACION Y LA OPINION
EN LA RADIO SE LLAMAN**

HORA 25

DE LUNES A VIERNES A LAS 23,30 H.

Un equipo de jóvenes y
audaces periodistas
al servicio de la verdad

DESDE RADIO MADRID

Miguel A. Nieto
P. Antonio Aradillas
Manolo Alcalá
Luis Rguez. Olivares
Javier Roch
Angel de la Vega
Rafael Luis Diaz

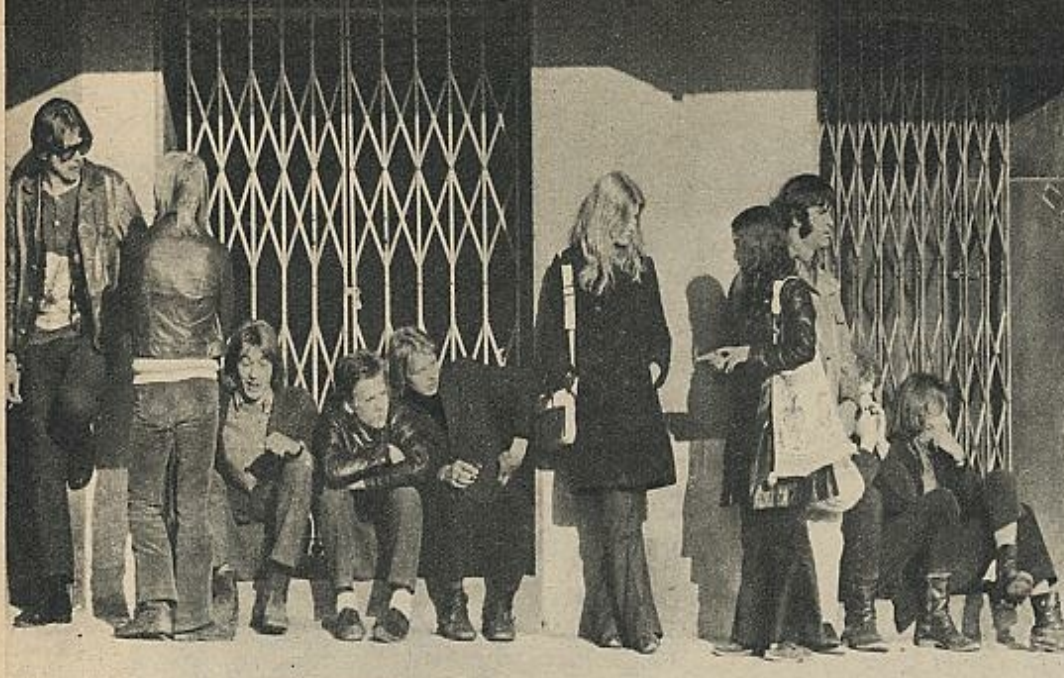
DESDE OTRAS EMISORAS

Juan Castelló Rovira (R. BARCELONA)
José Antonio Rodrigo (R. BILBAO)
M.ª Teresa Navaza (R. GALICIA)
M.ª Esperanza Sánchez (R. SEVILLA)
Vicente Garrido (R. VALENCIA)
Lisardo de Felipe (R. ZARAGOZA)



¡LA RADIO!

DEPORTES
José M.ª García
DIRIGE
Basilio Rogado



Para Margaret Mead, los jóvenes, que ya no tienen en cuenta a sus padres para dominar el futuro, son inmigrantes del tiempo, proyectados de pronto en una nueva época. Están más desnudos y desvalidos que un judío de Besarabia abandonado en Chicago.

EL CREPUSCULO DE LOS PADRES

económicas objetivas, no deja por eso de consagrar gran parte de su obra a psicoanalizar la crisis de generaciones.

Sin seguirlo hasta ese punto, por temor a perdernos, hay que señalar que Mendel juzga muy severamente (4) a algunos teóricos y analistas «izquierdistas» que asimilan toda manifestación del «superego» a la autoridad discutida, es decir, a la «contrarrevolución»: Marcuse, y tras él, Michel Foucault, Deleuze, Guattari...

Liberar los instintos, otorgarles derecho de ciudadanía, puede, por supuesto, provocar un «shock», pero a fuerza de realizar una regresión hacia las capas más oscuras de la personalidad, ya no se sabe hacia dónde se va. La fórmula puede ser temible en su empleo. El nazismo también era una regresión, y el racismo toma mucho del viejo instinto. Agredir, gozar para liberarse, constituye toda la polémica que gira en torno al film «Portier de nuit». Abandonar la consciencia y el «yo» social, aun si la sociedad es abusiva, puede ser para los hijos un remedio peor que la enfermedad. «Yo —dice el profesor Serge Lebovici— estoy a favor de un sentimiento de culpabilidad moderada...».

El desasosiego de los mayores ante esta multitud de parricidas a la deriva es tal, que se enuncian las hipótesis más terribles con gran seriedad. Un psiquiatra muy conocido afirma, por ejemplo, ante sus colegas estupefactos, que la fantasmagoría en cuestión es inexplicable sin una

mutación genética que de pronto habría transformado a nuestros hijos en monstruos desviados. Esta idea, digna de «Planète», anida en muchas mentes. Margaret Mead cita al respecto un héroe de ciencia-ficción, John Wyndham, que extermina a los extraños «niños de ojos de oro», hijos de los terráneos y de extraños visitantes extragalácticos. «Desratizar» a los hijos para tranquilizar a los padres es una solución, pero extremada.

El médico comunista Bernard Muldworf, autor de un sólido manual para los padres (5) es más razonable. Quizá demasiado. Según él, el modo de producción capitalista es directamente, casi de manera mecánica, responsable de la degradación de la imagen paterna. En consecuencia, para devolverle vida y felicidad a la familia tradicional, para volver a instaurar al padre en sus derechos, basta, en principio, con que el mundo entero adopte el régimen de democracia popular.

El doctor Muldworf admite una actitud polémica contra los idealistas que hacen de la autoridad familiar la responsable de todas las opresiones políticas. Por supuesto, hay que prever cuidadosamente «buenas instituciones» para la sociedad socialista futura y remedios técnicos para combatir la emigración de los hijos. Pero de ahí a saber lo que será el padre del futuro y en qué medida la familia... Honestamente, como los demás, el doctor Muldworf se devana los sesos con una perplejidad muy paternal.

No existe remedio milagroso

Mientras tanto, desde Gérard Mendel a Muldworf, desde el profesor Lebovici a René Diatkine, todos los analistas están de acuerdo en un punto. No existe un remedio milagroso, la crisis es demasiado profunda, demasiado justificada históricamente. Pero echados por tierra, discutidos, angustiados, negados como están los padres, no deben renunciar. Pase lo que pase, deben estar presentes, ganar tiempo; ni grandes medidas ni indiferencia. No deben romper el contacto. G. lo intentó, a falta de algo mejor. Finalmente, a su manera, el hijo se desquita. Ni droga «dura» ni fuga suicida, ni delincuencia irremediable: el joven G. vive su vida, muy lejana del proyecto paterno, pero no peor que otra en el fondo.

Cuando el hombre, sin por eso refugiarse en lo sacro, sin ponerse en manos de Dios o de los Grandes Antepasados, superados para siempre, no sea más que un engranaje anónimo perdido en el beneficio, cuando se haya encontrado a sí mismo, entonces quizá recupere a sus hijos. Vale la pena seguir el juego. No hay otro.

«Los niños de ojos de oro» están a cargo del futuro. Debemos prepararles un terreno que sea lo menos absurdo posible a esos frágiles inmigrantes con aplastantes responsabilidades. Con tanto sentimiento como inteligencia, como es frecuente en ella, Margaret Mead añade: «Hay que educar con alegría a hijos desconocidos para un mundo desconocido». ■ J. F. H.

El libro de bolsillo
Alianza Editorial

Freud

*523

Proyecto de una psicología para neurólogos y otros escritos

*496

Escritos sobre la histeria

475

El yo y el ello

444

Introducción al narcisismo y otros ensayos

423

Nuevas aportaciones a la interpretación de los sueños

*404

Sexualidad infantil y neurosis

386

Tres ensayos sobre teoría sexual

*359

Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica

*303

Paranoia y neurosis obsesiva

280

El malestar en la cultura y otros ensayos

256

Escritos sobre judaísmo y antisemitismo

224

Psicoanálisis del arte

193

Psicología de las masas. Más allá del principio del placer. El porvenir de una ilusión.

172

Autobiografía.

Historia del movimiento psicoanalítico

162

El chiste y su relación con lo inconsciente

96

La histeria

**82

Introducción al psicoanálisis

*62

Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis

41

Tótem y tabú

*34, *35 y *36

La interpretación de los sueños, 1, 2 y 3

*19

Psicopatología de la vida cotidiana

(4) «La revolte contre le père», Pavot.

(5) «Le métier de père», Casterman.